VIAJES Y CONOCIMIENTO

(PARA UNA GNOSEOLOGIA DEL VIAJERO)

POR

ABELARDO PITHOD

Hay una expresión para aludir a la ceguera, «tener apagada la luz de los ojos», que posee un rico sentido analógico aplicada al conocimiento humano. Señala una honda verdad, la verdad socrática de la *mayéutica*. Porque para conocer es necesario dar a luz, debe poder encender en sí mismo quien conoce una cierta luz. No basta en el conocimiento con la sola irradiación del objeto *ahí-estante*, con el sólo aparecérsenos de la realidad. Es necesario que la facultad cognitiva ponga ella también luz, es menester que la realidad sea iluminada para ser conocida. La «tabula rasa» de las teorías empiristas ha resultado muy a medias verdad. Pera captar la realidad se requiere tenerla ya de algún modo presente en nosotros. Iluminada, esclarecida. Los ojos interiores no deben «tener apagada su luz».

Por eso «ve» más quien más sabe; el ignorante se desliza sóbre las cosas sin apropiarse de ellas. La mente humana nunca es una absoluta tabula rasa. Y de esto no sólo hablaron Sócrates y Platón con la mayéutica, sino Aristóteles mismo con sus «primeros principios» y el intelecto agente (1), pasando por Kant y sus formas *a priori*, y hoy la propia psicología experimetal con la *configuraciós* perceptiva. El conocimiento es dinámico, es iluminador y organizador de la realidad. Esta no da de sí sino lo que se le arranca; por eso el conocer es una forma de posesión.

Pero, además, hay que insistir en que, como quería Sócrates, la realidad, en cuanto conocida, hay que darla a luz de alguna manera. Hay que poseerla ya de algún modo para que se nos revele. Esto es psicológica y relativamente necesario, si no lo es absoluta y metafísicamente. En los procesos del conocer que no sea el de las formas más

(1) Cf., además, el papel iluminador, activo, que en el silogismo cumple el «término medio».

elementales y según lo que sucede al nivel habitual, debemos contar con esta *quasi* necesidad que llevó a Sócrates a pensar en una verdadera y pura mayéutica.

Por todo esto nadie ve lo mismo frente a las mismas cosas o acontecimientos. Hay para quienes la realidad es muda y clausa y para quien se llena de contenido. ¿No hay veces que creemos conocer una cosa y a medida que la penetramos nos va invadiendo la sensación de que nuestro primer conocimiento era nada y casi como un no saber?

Viajar y conocer

El hecho, pues, es que quien más lleva en sí de algo, mejor penetrará ese algo. Estas afirmaciones no son simples sutilezas de filósofos. Es la realidad viva. Veámosla en la eterna experiencia de los viajes, los que hacemos precisamente «para conocer». Veremos cómo en tales «sutilezas» radica, sin que lo sospechen casi nunca los interesados, el drama y la paradoja del viajero, de aquel que sale de sí y de su pequeño mundo cotidiano y se dispone «a conocer».

En esta aventura no vale tener una conciencia pura pero vacía. La conciencia ignorante casi nunca es siquiera limpia, y suele no ser ni inocente ni desprejuiciada. Observemos, si no, al «civilizado» bárbaro horizontal y sus nuovas escribas del periodismo de masas y la publicidad, más o menos amarillos. Este tipo moderno abastece las multitudes turistas, y es pensando en lo que va de un viajero a un turista, por lo que hemos meditado en las exigencias del conocer en general, pero sobre todo que hemos comprobado experimentalmente hasta el cansancio, que es en la satisfacción de tales exigencias donde finca lo que distingue a uno de otro. Por otra parte, ¿no es de sentido común que hay que estar preparado para recibir lo desconocido para que la realidad no pase en silencio frente a nosotros? Parece mentira que allí esté el meollo del problema: ¿acaso no sería absurdo visitar Tierra Santa si desconociésemos el Evangelio, o el Catecismo, al menos de segunda mano? Sin embargo, mirad a los turistas. No decimos ya aquellos que sólo se desplazan en busca de una diversión puramente sensitiva, sino incluso quienes —de América o de Europa misma— salen, ciegos, a conocer, y vuelven peor porque creen haber «visto».

La obviedad del tema no lo salva del grave problema pedagógico y cultural que importa; por eso no debe abandonarse. Pensamos en esos miles de estudiantes americanos, africanos, etc., que son traídos

a Europa, y en muchos europeos, que son desplazados de un país a otro. Qué diferencia entre aquellos que vienen preparados y los otros. Su viaje a Europa, ese retorno a las fuentes occidentales de la cultura, ¿es realmente aprovechado por todos? Dudaríamos afirmarlo de la mayoría.

Pongamos un ejemplo, dedicado particularmente a los hispanoamericanos: ¿Cómo hacer vibrar estas almas jóvenes con el espíritu de Castilla por el solo hecho de llevarlos por las huellas vivientes del Quijote y Santa Teresa; cómo embriagarlos de días gloriosos por el solo hecho de seguir la ruta de los conquistadores? Si ellos no traen ya su alma abierta y abonada no se producirá el abrazo fecundo por simple contacto. Es en la medida que la traigan, que será de hondo, de perdurable y de auténtico el encuentro. Si se desconocen lo que fueron la Francia de Francisco I y la España de los Reyes Católicos y Carlos V, ¿cómo se sabrá comparar lo que va de los Chateaux de la Loire a los alcázares y castillos hispánicos?

Una noche luminosa, recorriendo en un ambiente de prodigio las pequeñas callejas medievales de los alrededores de cierta catedral, oí a un estudiante de éstos —que destacaba por lo demás de la medianía— emitir este único comentario: «Qué bárbaros medievales, hacer tan juntas las calles.» Una bofetada no hubiera roto más cruelmente el encanto de esa noche. Otra vez, a un destacado periodista de un importante diario sudamericano he oído pronunciar como inglesa la palabra «ábside»: ¿Qué oscuras confusiones revelaba esta simple gafe lingüística?

Se me dirá que a los que no somos europeos nos falta nada menos, para ser «cultos», que el conocimiento por connaturalidad. ¡Pero es que todo conocimiento exige la connaturalidad! Una cierta vivencia inmediata que al hacernos «otro en cuanto otro» produce el milagro del conocer auténtico, íntimo, entrañable. Es este «hacerse otro» del conocimiento que hace surgir, en la inmediata unión de sujeto y objeto, el *amor,* sin el cual de alguna forma no se completa el conocer. Los antiguos no podían imaginar el conocimiento sin la existencia en el sujeto de la materialidad misma del objeto. Este existir en el otro de lo otro en cuanto tal es, en efecto, necesario, aunque no materialmente, como creían los primitivos. Es la unión intencional de sujeto-objeto, misterio gnoseológico. El *fieri aliud in quantum aliud* con sus momentos de presencia, admiración, penetración, amor. Y la admiración, raíz común del saber y del amar, exige, para disparar su magia, que el sujeto esté pre-dispuesto o simplemente dis-puesto. Porque la

mera presencia de la realidad es muda si no portamos la capacidad de admirar su misterio en el espejo de nuestra propia ignorancia.

Un problema surge de inmediato: cómo evitar, planteada la exigencia de la previa disposición, el peligro del subjetivismo, del prejuicio y las estereotipias.

Dialéctica de objetividad-subjetividad

Dos años he llevado sobre mí la esforzada alegría del ser-viajero, que en poco se parece, puedo decirlo, al turismo. Cómo confundir a un nómada con un peregrino. El viajero se parece al peregrino, que lleva en su interior lo que busca. Tropel de la indiferencia —en apelativo de V. Horia—, la masa turística nada porta que la pueda hacer encontrar y detenerse.

El peregrinar del peregrino es la preparación, interior más que externa, para alcanzar lo que busca sabiendo lo que busca. Su conciencia no está vacía, sino sólo purificada. Para ser viajeros debemos munirnos de una conciencia pura, sí, pero plena. Lo hemos visto. No podemos arribar a la realidad con una conciencia virgen, y menos ciega; la conciencia debe ser fecunda, pero debe ser, y sabemos que no es fácil, también diáfana. Sensible como una placa y dúctil como un continente que, a la inversa de lo que ocurre en le mundo material, se pliegue a su contenido. Abierta como un depósito sin límites, pero, insistamos, activa, como *lo que es,* sin la esterilidad de la nada, del vacío interior. He aquí el problema. Preparación y pureza, mayéutica y hallazgo. Si hay que tener luz para captar la luz, ella debe ser transparente; que no enturbie, que no deforme.

Hay toda una ascesis del conocimiento para lograr este ideal de visión, este escapar a la ceguera por vacío sin las deformaciones del prejuicio y los agregados subrepticios de las estereotipias. Pero, sobre todo, sin la opacidad del subjetivismo, de la que paradójicamente debe librarse el *sujeto* cognoscente.

En el conocer hay por cierto algo lícito y necesario que *pone* la mente. Pero, como toda función vital, ésta no se libra de desechos y toxinas producidas por el ejercicio de la misma operación. Además, el órgano tiende a crear *mecanismos* para ayudar su trabajo y corre el riesgo de esclerosarse endureciéndose, perdiendo lo propio de lo vivo, la espontaneidad y acomodación sin rigideces. Porque lo vivo es lo contrario del determinismo maquinal.

Esos mecanismos que solemos llamar «hábitos» y que la vida se inventa para descansar del terrible esfuerzo de un constante alerta,

son origen en el conocimiento de «estereotipias». Mecanismos endurecidos y que se resisten al plegamiento vivo, espontáneo. El automatismo mecánico sirve a la vida, pero puede también ahogarla, hipertrofiado o anquilosado (caso del igorante o el que no ejercita la función).

Y están también los peligros exteriores, provenientes de la presión social y las costumbres. Verdaderas deformaciones perceptivas, incluso a un nivel claramente sensorial, pueden ser producidas por la influencia o condicionamiento del grupo. Sin llegar a las míticas posibilidades de los condicionamientos por lavado cerebral, nosotros quisiéramos referirnos a un fenómeno que hoy la técnica ha fantásticamente multiplicado en sus impresionantes efectos. Se trata de esas verdaderas superestructuras creadas entre la realidad y el hombre por su propia civilización técnico-material. Hoy la fotografía y el cine, y en general la pseudo cultura de la civilización técnica de masas, han contribuído en escala niversal a crear estereotipias y esquemas que se interponen invenciblemente entre la mirada del viajero y la realidad. El caso de aquella americana del Norte, a quien alguien pondera la donosura de su hijo allí presente, y que contesta: «¡Esto no es nada! ¡Si vieran las fotografías...!», es la imagen viva de lo que sucede a tantos turistas, indiferentes o decepcionados frente a una realidad que no saben captar si no es a través de la irrealidad de las imágenes prestadas por los llamados medios audio-visuales.

Como se ve, además de «los riesgos de la función» se añaden las asechanzas exteriores. Pero hay más: la educación del conocer no termina con la ascesis «crítica» de la función y la prevención de las influencias perniciosas exteriores, sino que alcanza su centro cuando aborda las limitaciones mismas *connaturales* al ser imperfecto del sujeto humano cognoscente.

Bastaría remitirnos, para ponernos a temblar, a las críticas y dudas de los escépticos de todos los tiempos. Hoy el relativismo gnoseológico es casi tan fuerte en la mente común como la paradójica y correlativa «fe» absoluta en el conocimiento «científico». Y esta paradoja se agrava en la medida en que es más cierto que la «ciencia» en que el hombre común cree no sirve para el conocimiento de la realidad, sino para aprovecharnos materialmente de ella. Mientras más técnica y menos «theoria» es la ciencia de hoy, más se cree en ella (como instrumento de utilidad y dominio) y más escepticismo y relativismo cunde frente a las posibilidades del humano conocer, en su sentido más noble y profundo. Aquel verdadero conocer que busca insaciablemente el espíritu humano, y el único que lo colma.

A las razones generales que imponen detenerse frente al problema de las limitaciones del conocimiento hoy se añade, pues, la actual encrucijada de confusión. Como pocas veces es indispensable tenerlas presente para asegurar una sana educación de nuestras potencias noéticas. Porque, aunque parezca contradictorio, son hoy tanto el escepticismo, por un lado, como la inconciencia optimista, por otro, los concretos peligros de los que hay simultáneamente que escapar.

El tema de las limitaciones del conocer cobra acusados perfiles visto desde la sitación del viajero, y, viceversa, es ésta la que mejor nos puede hacer tomar conciencia de aquéllas. Las respectivas pedagogías del conocer general y del viajero se refuerzan y completan mutuamente. Clásicos de la educación —como Locke, para los ingleses— cerraban el ciclo pedagógico con un largo viaje. Este era la culminación del proceso educativo, pero el mismo viaje suponía, por ende, un máximo de preparación.

Como nunca, en la situación viandante uno siente el conocimiento como fragmentario, hecho a base de esporádicos y débiles fogonazos que por momentos rompen las tinieblas habituales del misterio. Así como el caminante en la noche de tormenta va integrando su alrededor por la luz fugacísima del relámpago, que de tanto en tanto alumbra su vacilante ruta, así el conocimiento del viajero va «construyendo» la realidad parcelada que de luz en luz alimenta su búsqueda. ¡Cómo se agrava esta fragmentación en el viaje! ¡Qué de peligros de tomar la parte por el todo!, ¡qué de facetas ocultas que sólo aparecerán mucho más tarde para completar la realidad entrevista! Esta es la palabra que el castellano nos regala al análisis gnoseológico: *entrever*. De entrever en entrever, el viajero deberá tener la infinita paciencia de la maduración. Porque aun las iluminaciones profundas que a veces inicialmente se nos dan frente a un ser-ahí-estante deben integrarse luego, fijarse, hacerse más nítidas y profundas a través de nuevas vivencias. Al principio dolorosamente inconexas, cuántas de ellas hacen falta antes de llegar a captar sin amputaciones, sin indecisiones, el *ethos* de una vida, de una ciudad, de un pueblo. Un derrotero de infinitas «vistas» y perspectivas antes de dominar un paisaje: cuánto más si ese paisaje no es sólo físico.

He aquí la índole «perspectiva» de nuestro conocimiento. Todo conocer humano es siempre un mirar «desde», una *organización percepcional* diversa según tantos distintos puntos de vista y factores catalizadores de una configuración noética. El conocimiento es en este sentido —pero sólo en él— «relativo». Claro, esto necesitaría muchas páginas para ser simplemente esbozado. El viajero debe tener por lo menos conciencia incoativa del problema. Siempre nuevas pers-

pectivas, siempre la paciencia de no «cerrar» prematuramente la percepción; las «gestald» deben ser reformables, sin apresurada definitividad, e integrables en visiones más amplias y hondas. Una de las más inquietantes experiencias que produce un largo viaje (y más que un viaje el haber vivido en otra parte) es el «extrañamiento» del retorno: comprendemos que nunca habíamos *visto* del todo, y que no habíamos *mirado* las resabidas cosas habituales que al partir dejamos. Descubrimos lo que dábamos por más conocido. Viceversa, en el viaje comprendemos también lo que importa volver por segundas veces a visitar lo que viajando conocimos. Realmente se entiende entonces que el ideal del viajero se convierta a menudo en «volver». Un buen consejo sería no tanto prolongar el primer encuentro con lo que visitamos, cuanto *regresar*.

Por fin, no debiera olvidar el viajero que las cosas son también su perspectiva, su contexto y ámbito, y que es en la *comparación* donde se ordenan y asumen su verdadero tamaño, ubicación y ser. Porque, como quería el viejo realismo, las relaciones de los entes son también entidades reales.

Educación del sentir

Antes de concluir, una corta referencia a la pedagogía del «pathos»: del con-sentir y sim-patizar, del con-vivir. Nada diremos, por sabido, de lo que los elementos motivacionales y emotivos —no propiamente cognoscitivos, sino pasionales— influyen en el conocer. Gracias a ellos qué fuerza asume el conocimiento y, también, con qué poder pueden dejarlo maltrecho. La sentencia evangélica «bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios», alude significativamente, casi paradojalmente, al corazón y no a la mente como condición de posibilidad de ese divino conocimiento. Es que es todo el hombre el que conoce y no sólo su cabeza, aunque lo haga esencialmente *con* ella. Además, ¿no es mi vida como un todo la que tiene inevitablemente un modo de vivir otras vidas y otros seres?

Es tanto una virtud de la mente como una virginidad del corazón lo que condiciona el acceso a lo real. Una pedagogía del conocimiento implica, pues, una pureza y una ascesis de todo el hombre. Es una educación entera entonces, una existencia, las que preparan un viaje y un viajero. Y, a su vez, los viajes son para enriquecer la propia existencia, en una interacción perfecta. Esto es lo único que en definitiva nos parece que justifica al ser-viajero. No decimos enriquecer al «yo», sino la existencia comunicada, comunicante. Las cosas, y los

hombres con sus cosas, tienen derecho a ser conocidos. Un viaje es mucho más que (y a veces casi nada) un placer de los sentidos. Un viaje es un don, y un ejercicio. Y es una contemplación, altísima función del espíritu. Por eso exige una ascética y está más allá de todo activismo; es cosa del hombre interior y espiritual. ¿Qué tiene, pues, que ver con el turismo?

En fin, que como se nos anunciaba al empezar este análisis, todo lo que se lleve ya en el alma será la luz mayéutica que iluminará nuestra peregrinación. La peregrinación del viaje ocasional y la permanente e indetenible de la vida.

Abelardo Pithod
Sáenz Peña 1660 - Godoy Cruz
MENDOZA - ARGENTINA